
Capítulo XLII.

Tres tahures.

Algunos días antes de la llegada de Colon á Palos habia dejado una carabela en aquel puerto á tres hombres.

Uno de ellos habia nacido en Sevilla, llamábase Castillo, y habia ejercido en aquella ciudad el oficio de platero.

Llamábanse los otros dos Guillermo Ires el uno, y Tallarte de Lages el otro.

Estos dos eran extranjeros, y casi de un mismo país, puesto que el primero habia nacido en Irlanda y el segundo en la Gran Bretaña.

Los tres se hallaban estrechamente unidos por los lazos del vicio.

Una breve reseña de sus antecedentes nos los dará á conocer.

Castillo era un hombre de treinta y seis á treinta y ocho años, y su fisonomía revelaba la viveza de su carácter, y los grandes estudios que habia hecho en el arte de vivir.

Su viveza era más intelectual que corporal, puesto que se entregaba con mucho gusto á la pereza, y esto habia sido causa de que desde los primeros años de su vida hubiera sufrido fuertes reprimendas y sendas tollinas de sus padres.

Pero no era su madera de la que se ablanda con la fuerza.

Al contrario; cada día adquiria mayores resabios, y desde muy jóven se entregó á toda clase de excesos.

Obligado por sus padres á tomar un oficio, se resolvió á aprender el de platero, y no tardó en dar á conocer su ingenio y destreza, con lo cual ganó en breve la voluntad de su maestro, el cual, en gracia de su habilidad, le perdonaba los extravíos en que incurria á cada paso.

Pendencias, orgías, juegos de azar; estas eran sus principales ocupaciones.

Sólo de tarde en tarde, y cuando se le acababan los recursos que sacaba del juego, iba al taller á trabajar.

Natural era que fuese despedido, y despues de serlo, recorrió todas las platerías de Sevilla, pasó á las de Córdoba sin mejorar de vida y sin oír las amo-

nestaciones de los que estimando su capacidad, condenaban sus locuras.

Sus padres, disgustados por haber dado el sér á un hombre de tan aviesas inclinaciones, no tardaron en bajar al sepulcro, y Castillo derrochó en breves dias la corta herencia que le dejaron.

Llegaron por entonces á Cádiz dos tripulantes de una embarcacion que habia naufragado.

Estos dos marineros eran los dos ingleses que acompañaban á Castillo.

Condenados á la miseria en su país, con una apasionada codicia, se habian embarcado con ánimo de ver si mejoraban de suerte; pero habia sido tan mala la que habian alcanzado, que de la embarcacion eran los dos únicos que habian podido librarse, lo cual podian considerar muy bien como una desdicha, toda vez que se hallaban en país extranjero, sin recursos de ninguna clase, sin conocer el idioma, y expuestos á salir de un peligro para caer en otro.

Vivieron miserablemente algun tiempo, durante el cual lograron hacerse entender, y comenzaron á ejercer una industria, que no por ser infame, dejaba de proporcionarles recursos.

Hiciéronse jugadores de ventaja, y separándose de la costa, recorrieron los pueblos ejerciendo su industria, y llegaron hasta Sevilla.

Allí conocieron á Castillo, y como necesitaban una persona que les ayudase, no tardaron en unirse con él, y los tres emprendieron expediciones que fueron muy lucrativas.

Pero lo que ganaban por medio del juego, desplumando á los viciosos cándidos, lo gastaban en franquachelas, razon por la cual arrastraban una existencia desordenada y miserable.

Conocidos ya en Sevilla y en sus alrededores, viéndose expuestos todos los dias á riñas y altercados, resolvieron hacer una escursion á los puertos pequeños, seguros de encontrar en ellos navegantes ricos y codiciosos, y el primer puerto que visitaron fué el de Palos.

Allí habia hombres de pró, á los que podian desplumar, pero para no desprestigiarse ante ellos, dijeron al llegar á Palos que los ingleses habian ido á Sevilla á buscar un buen platero, que habian encontrado á Castillo, que se lo llevaban á Inglaterra, pero que habiendo sufrido una tempestad en el mar, se habian visto obligados á arrojar el equipaje al agua, habiéndose quedado en la mayor pobreza, y no pudiendo continuar su viaje hasta que desde Lóndres enviaran nuevos recursos.

Con este motivo, abrieron un crédito en la hostería del pueblo, en donde se alojaron y comenzaron á tender la red á los incautos para realizar su verdadero propósito.

Los tres se hallaban en la hostería al anochecer del dia en que habia llegado el oficial Peñalosa con nuevas órdenes de los reyes, para que se pusieran á disposicion de Colon las dos carabelas que el puerto de Palos estaba condenado á facilitar á los reyes en cuanto lo mandasen.

De pronto, entraron en la hostería dos hombres muy conocidos en Palos, llamado el uno Gomez Rascon y Cristóbal Quintero el otro, los cuales eran propietarios de una de las embarcaciones que á toda costa querian los reyes que pusieran á disposicion del ilustre genovés.

—Esto es una injusticia,—decia el uno.

—Una iniquidad,—añadia otro.

—Pues qué, no hay más que despojar á un hombre de su propiedad? La *Pinta* es nuestra, y si no queremos darla, forzar nuestra voluntad, es cometer una felonía.

—Y el caso es que las órdenes son terminantes. Ese enviado de los reyes no se marchará de aquí hasta que entreguemos la carabela, y si tardamos, nos vá á costar un dineral porque tenemos que mantenerle.

—Ya has visto lo que yo le he dicho.

—Pero puede costarnos caro.

—Cuéstemelo lo que me cueste, yo no cedo. Prefiero hacer pedazos la embarcacion y prenderla fuego.

Como hablaban en voz alta, y como el objeto de su conversacion preocupaba fuertemente á todos los habitantes de Palos, no tardaron en acercarse á ellos algunos, y la conversacion fué general.

Los dos ingleses y Castillo formaron parte del complot.

—Pero no habrá algun medio,—decia Rascon,—de dejar de entregar las carabelas que nos piden?

—Los reyes se han empeñado en que se lleve á

cabo la empresa de descubrir tierras, y como aunque se lleve las embarcaciones el diablo y perezcan en el camino los marineros no les importa un bledo, están resueltos á realizar su capricho.

—En mal hora se le ocurrió á ese maldito genovés descubrir nuevas tierras.

—¡Lo que es la avaricia! Ahora que les hemos quitado á los moros todo cuando tenian en España, debíamos darnos por satisfechos y no desear más pero la codicia rompe el saco.

—Porque lo rompe es por lo que no quiero yo dar mi carabela. ¿Sabeis la suerte que aguarda á los que vayan con Colon en busca de lo desconocido? Pues es muy sencillo; ser tragados por los tiburones.

—¿Quién le ha de acompañar con esa esperanza?

—Ya han sabido los reyes lo que se han hecho. Por de pronto suspenden las sentencias de los que tomen parte en la expedicion, y como no faltan gentes que quieran librar el pellejo, tendrá Colon quien le acompañe.

—Solo irán los tontos; porque de morir á manos del verdugo á morir ahogado en el mar, no hay más diferencia, sino la de que en el primer caso le vé á uno la gente, y en el segundo no.

—Ese es un ardid como otro cualquiera para castigar á los delincuentes, sin que el vulgo pueda murmurar.

—Es un sistema muy cómodo que han buscado los reyes de ser clementes.

—La verdad es,—dijo Quintero,—que si Colon no

hubiera pedido á los reyes auxilios, no nos hallaríamos en el caso que estamos.

—Es más aun,—añadió su compañero;—si Alonso Pinzon no le hubiera hecho caso, ni le hubiera ofrecido auxilios, ni él hubiera venido á Palos, ni nos pasaria lo que nos pasa.

—Tienes razon, tienes razon,—gritaron varios.

—Pinzon que es muy avaro, que no se contenta con las riquezas que ha traído de sus viajes, es el que azuza al otro.

—Y tanto, que está resuelto á acompañarle.

—Y tambien su hermano.

—¡Figuraos si entre los tres Pinzones no lograrán el tercer buque que necesitan, y no arrastrarán gente que se embarque con ellos!

—Pues si ellos proporcionan una embarcacion, lo que es Palos no se escapa de dar las otras dos.

—Eso sucederá si nos dejamos tratar como esclavos.

—Ante la fuerza hay que ceder.

—Al contrario: á la fuerza se le opone la fuerza.

—Señores,—dijo Castillo,—yo creo que todos vosotros estais más dispuestos á quedaros en tierra, que á seguir á Colon, ¿no es eso?

—Sí, sí.

—¿Y no se os ocurre un medio de lograr vuestro objeto?

—¿Sabes tú alguno?

—Dos nada ménos tengo.

—Pues habla.

—La cosa es delicada, y conviene antes de hablar que yo sepa que no hay entre nosotros ningun Judas:

Racon llamó al hostelero, habló con él al oido algunas palabras, y poco después dijo á los circunstantes.

—Venid todos conmigo á la cueva para hablar á nuestras anchas.

El hostelero precedió á la comitiva llevándose un candil; y una vez reunidos todos en el sótano, y después de jurar que no dirian una sola palabra de cuanto allí escuchasen, ofreciéndose todos á castigar al que faltase á aquel pacto, tomó Castillo la palabra, y formuló su proposicion en estos términos: